

Pedro Martínez Montávez

«Mundo árabe e Islamismo en el final del siglo»

Sobre «Mundo árabe e Islamismo en el final del siglo», el catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid Pedro Martínez Montávez impartió en la Fundación Juan March, del 2 al 16 de noviembre pasado, un ciclo de conferencias, dentro de los cursos universitarios de esta institución. En cuatro sesiones, el profesor Martínez Montávez trató de los temas siguientes: «Factores de convergencia y de divergencia en la realidad social árabe islámica»; «El nuevo desafío de la religión»; «El pensamiento político árabe contemporáneo: lo propio y lo ajeno»; y «Espacio árabe islámico y Mediterráneo: perspectivas a finales de siglo».

A continuación se ofrece un resumen del ciclo.

La visión «occidental» del Islam es mayoritaria y habitualmente una visión polarizada, reduccionista y extrema: el Islam o es visto como un bloque monolítico o como una yuxtaposición de múltiples fragmentos carentes de nexos, trabazón y vínculos. La religión árabe, el Islam, tiene, como todas las religiones reveladas, una evidente y casi insuperable vocación expansiva, universalista, ecuménica y agresiva, si resulta necesario. Proporciona una ética material, directamente vinculada a una metafísica trascendente. La estricta relación de la criatura con el creador es una relación fundamentalmente individual, sin la acción o intervención condicionante de elementos intermediarios superiores. No se han desarrollado en ella las tramas institucionales superiores, las «iglesias», aunque sí lo han hecho las «clases clericales».

Las dos «escuelas» o «modalidades» de interpretación básicas son la *Sunna* y la *Shia*, que presentan nulas o muy escasas diferencias dogmáticas de base entre ellas. Las principales diferencias se establecen en el contexto de su presencia social y de su actuación política. En reglas generales, socialmente, la *Sunna* es ampliamente ma-

yoritaria, con algunas salvedades y excepciones. Se ha mantenido asimismo en un marco de «integración» o «con-junción», frente a la tendencia a la fragmentación que ha caracterizado principalmente a la *Shia*.

El territorio del espacio árabe es el espacio asiático-africano, de una enorme extensión: más de 14 millones de km², aproximadamente seis veces más que la Comunidad Europea de los 12.

En lo político, el mundo árabe actual es fundamentalmente el resultado de un doble trauma: la *colonización* y la *descolonización*, macro-procesos éstos que generan una problemática derivada y residual especialmente grave y difícil: conflictos de fronteras y de límites, que provocan largos y duros contenciosos; emergencia de entidades políticas coyunturales, de Estados parcialmente artificiales o de conveniencia; y contextos de profunda e insuperable inestabilidad.

El nuevo desafío de la religión

El Islam se propone ser, sustancialmente, una percepción totalizadora e integrada del mundo y de la existencia en sus dimensiones esenciales: la rela-



Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) fue catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad de Sevilla y desde 1971 lo es de la Universidad Autónoma de Madrid, de la que fue Rector de 1978 a 1982. Dirigió durante varios años el Instituto de Estudios Orientales y Africanos de la citada Universidad Autónoma y actualmente dirige el departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la misma. Presidente de la Asociación de Amistad Hispano-Árabe, Premio a la Cooperación con el Mundo Árabe (1992) de la Asociación de Periodistas Árabes en España, entre sus últimos libros publicados figuran *al-Andalus, España en la literatura árabe moderna* (1992) y *Pensando en la historia de los árabes* (1995).

ción con la divinidad única, creadora y conservadora de lo creado; la relación con las demás criaturas, la relación del individuo consigo mismo, la relación con la materia, la visible y la no visible, la física y la metafísica. El Islam es, pues, «un modo de vida», una inmensa fuerza religiosa, cultural, económica, política, que actúa desde hace casi 1.400 años ya en todos los órdenes.

Aunque el Islam ha pasado por profundísimas y muy graves crisis internas, originadas tanto por su evolución propia cuanto por las numerosas y muy diferentes necesidades de adaptación

a que se ha visto sometido, ante las muy diversas y cambiantes realidades a las que se enfrentaba, no ha sufrido el tremendo proceso de pérdida de fe —en el contexto individual y en el colectivo— que ha sufrido el mundo cristiano occidental, o al menos no lo ha sufrido en la misma proporción que éste, ni cuantitativa ni cualitativamente.

Las sociedades islámicas no han experimentado tampoco, en términos comparables, el progresivo e incrementado fenómeno de secularización que ha ido conformando a las sociedades cristianas. La alcurnia de lo religioso ha mantenido, de forma casi totalmente indiscutida, su tutela y patrocinio estructurales de la sociedad. El grado de «rebeldía», por consiguiente, en las sociedades islámicas, ha sido mucho menor.

Expansión colonial de Occidente

La implicación de lo político y lo religioso es, indudablemente, característica esencial y principal del Islam. Aceptando sin más el principio indiscutido de que el Islam es «una religión y una ley», de origen divino además, bajo la cobertura del Islam ha habido una evidente predisposición a las formulaciones idealizadas y paradigmáticas, irreales, desrealizadas o, en todo caso, de escasa apoyatura en lo real. Esta tendencia a la desvinculación de la dinámica real sitúa frecuentemente a las manifestaciones islámicas en un ámbito inconcreto y difuso de intemporalidad, de estatismo. Y ello, sin embargo, está en radical contradicción con lo que el Islam es en origen y por naturaleza.

Desde hace ya más de doscientos años, el Occidente cristiano es primordialmente el agresor, y el Islam, el agredido. La expansión colonial occidental por el mundo árabe no es sólo un hecho histórico de extraordinaria magnitud, sino también y quizá ante todo, —para el agredido— un trauma radical y

muy difícilmente superable en todos los órdenes. El factor religioso es una de las piezas claves del desafío. La participación de los elementos de raíz religiosa en los movimientos de lucha anti-colonial, en busca de la recuperación de la soberanía nacional y de la independencia, se han ajustado a dos tiempos o períodos: 1) hasta la obtención de las mismas; y 2) desde su obtención.

Estos movimientos han experimentado durante las tres últimas décadas una importante consolidación y expansión. Esta revitalización del «fundamentalismo» o «integrista» islámico se explica, entre otros motivos, por los siguientes: el desmoronamiento del mensaje nacionalista árabe especialmente y, en mucha menor medida, de los nacionalismos locales o particulares; el amplio fracaso de los regímenes de partido único, implantadores además de una pseudo-ideología socializante que no supera sus limitaciones ni da soluciones reales y eficaces; la aparición y expansión de la ideología «jomeinista» de apariencia revolucionaria y redentora; el deterioro y la posterior desaparición de «la lógica de la bipolaridad» en las relaciones internacionales, en el contexto de la guerra fría y de la correlación de fuerzas entre las superpotencias; la tónica de recuperación de los mensajes religiosos y «neo-espiritualistas», frente al predominio del materialismo anterior.

Desde el Occidente, el llamado fundamentalismo o integrista islámico se ve bajo una sola forma o modalidad, y casi únicamente como una amenaza. El desafío del factor religioso se plantea en tres direcciones: frente al Occidente, al que rechaza casi totalmente; frente a la realidad de los regímenes políticos árabes, que rechaza con suficiente fundamento, y frente a la propia realidad social, que considera también inaceptable casi en su totalidad y transgresora además de los principios fundamentales del Islam; y frente a sí mismo, pues esta postura de radical rechazo exige, coherentemente, no

sólo que se denuncien los errores y los vicios, sino que se proporcionen también las soluciones posibles y eficaces. A mi modo de ver, el incumplimiento casi total de esta última exigencia constituye el principal fracaso de estos movimientos. Creo que políticamente, los movimientos islamistas sólo podrán encontrar cauce y ubicación en un contexto de apetecida aceptación de una auténtica pluralidad y de renuncia clara a la práctica terrorista. Socialmente, no pueden seguir basándose tan sólo en la propagación de un mensaje de aparente esperanza a comunidades e individuos que viven aún muy mayoritariamente en la pobreza y en la injusticia y desigualdad. Culturalmente, carecen de futuro si siguen practicando la intolerancia y cortando drásticamente la libertad de pensamiento y de expresión.

El Islam seguirá siendo una insustituible y genuina seña de identidad del mundo árabe, pero un Islam fecundo y creador, dialogante y humanista, el Islam conformado por la temporalidad y la aceptación de la realidad cambiante. El Occidente no puede seguir tratando al mundo árabe islámico como objeto de experiencias neocolonialistas, no puede seguir practicando la más abusiva injerencia con el pretexto de la supuesta modernización.

El pensamiento político árabe contemporáneo

Las corrientes principales de pensamiento político en el mundo árabe contemporáneo han sido las siguientes: la nacionalista, la islamista, la marxista y la modernista-liberal. Las dos primeras han de ser consideradas como genuinas y propias de la cultura política árabe islámica (la nacionalista sobre todo en su modalidad englobadora de panarabismo); en tanto que las otras dos son el resultado de una importación.

El nacionalismo es desde un principio un fenómeno peculiar y diferen-

ciado en el mundo árabe contemporáneo por presentarse en modalidad bifronte, de doble aspecto, en realidad dual: nacionalismo árabe total y superior o panarabismo, y nacionalismos locales y diferenciados según naciones, lo que en última instancia lo hace polifacético. El panarabismo ha sido más un sentimiento, una aspiración, un ideal, y en última instancia una ideología, que una teoría política. No obstante, ha introducido importantísimos elementos de modernización y de actualización cultural, intelectual y educativa en varios países árabes, especialmente del *Magreb*, y ha sido también un notable vehículo de parcial laicización en esas sociedades. Puede afirmarse que el gran fracaso del panarabismo fue no conseguir la unidad política de los árabes, la no constitución, en definitiva, de una gran «nación árabe».

El islamismo maneja en realidad los mismos principios y elementos principales manejados por el nacionalismo panarabista, pero sitúa el factor doctrinal, es decir, a la religión islámica, en un puesto de primacía indiscutible y singular. El pensamiento político islamista es, en conjunto, el más refractario a la recepción de aportaciones occidentales. En cuanto al marxismo, se trata, obviamente, de una corriente no sólo ajena en principio al medio árabe e importada, sino también nueva, sin arraigo histórico y sin implantación popular.

El modernismo liberal es la corriente políticamente menos importante y representativa, porque ha actuado más con presupuestos genéricamente culturales que propiamente políticos. Su indudable dependencia en muchos aspectos de fórmulas y maneras de clara procedencia occidental, aptas por tanto para ser experimentadas en sociedades muy distintas, no ha favorecido tampoco su aceptación e implantación en el medio árabe.

Un repaso a la situación de estas corrientes en los últimos veinte o veinticinco años daría el siguiente balan-

ce: Hay un evidente retroceso del pensamiento marxista. Aunque está en una etapa de reelaboración de gran interés, no ha conseguido superar, sin embargo, su escasa implantación popular y su preferente actuación en círculos restringidos. El final del «nasserismo» aceleró la crisis del pensamiento panarabista, aunque son advertibles, a lo largo de estos últimos años, unos claros indicios de recuperación del pensamiento panarabista, que trata de reconstruirse a base de una reelaboración autocrítica.

La corriente islamista sí ha experimentado una evidente revitalización y una indudable expansión, aunque más en términos aparentes y de imagen que de renovación real de fondo y contenidos.

El liberalismo sigue siendo básicamente inconcreto y coyuntural, sin suficiente base teórica. Estímulos como el desarrollo económico, la democratización o cualquier ensayo de pluralismo ideológico y político, el gran crecimiento de las maneras tecnificadas, contribuirán a que determinados sectores sociales y clases políticas se le muestren más receptivos.

Quizá las soluciones más adecuadas provengan de las corrientes de vocación armonizadora y sensatamente integradora, fuertemente vinculadas a las muy variadas exigencias sociales, económicas y culturales.

Espacio árabe islámico y Mediterráneo

La relación establecida entre la orilla europea (norte) y la orilla árabe islámica (sur) del común espacio mediterráneo se basa en una paradoja: se trata de dos orillas próximas y alejadas al tiempo, que se miran dándose la espalda, lo que es una contradicción y un contrasentido. Conviene recordar que territorialmente es plenamente mediterráneo el 40% aproximadamente de la totalidad del espacio árabe islámico. En términos estrictos de extensión te-

rritorial, el espacio árabe islámico mediterráneo es unas tres veces mayor que el europeo. Cronológicamente, el elemento árabe islámico es, sin duda, el último llegado al Mediterráneo (en el siglo VII) afincado en él. Desde entonces se ha mantenido en este escenario también sin solución de continuidad.

El espacio mediterráneo es, en toda su extensión, el escenario natural de confluencia y colisión de las tres religiones reveladas: Judaísmo, Cristianismo e Islam, y de las dos grandes civilizaciones universales que las dos últimas producen. Inevitablemente, ha sido un espacio compartido y disputado entre la Cristiandad y el Islam, como consecuencia de la dinámica de expansión que las ha caracterizado.

Las manifestaciones y creaciones de «mediterraneidad» producidas en una y otra orilla son en realidad tan legítima y representativamente mediterráneas unas como otras. Por otra parte, la visión, la vivencia, el sentimiento de lo mediterráneo ha sido siempre seguramente más cuestión, ocupación y preocupación de artistas y literatos que de pensadores. Esto se ha producido así también en el medio europeo.

Importante reordenación geopolítica

En este final del siglo y en el umbral del venidero, es ya indudable que el espacio árabe islámico está siendo objeto de una experiencia de reordenación geopolítica de enorme calado, de extraordinario alcance e imprevisibles consecuencias. Todo esto se produce además en un momento en el que han quedado también al descubierto las siguientes realidades indiscutibles:

1) Se trata de un conjunto que, en realidad, no lo es plenamente, sometido a un proceso de fragmentación, colocado en situación de debilidad, no de fuerza, más obligado a aceptar que a mandar o imponer, objeto aún de pro-

fundas contradicciones internas. 2) Ese proyecto de reordenación afecta a todos los compartimientos de ese pretendido conjunto, aunque no a todos ellos de igual manera, ni en todos los casos intervienen los mismos protagonistas, con idénticas funciones, iguales papeles y la misma importancia. En ellos, además, son claramente advertibles las subdivisiones, quiebras, articulaciones y vertebraciones.

3) Ese gigantesco proyecto se presenta con dos facetas diferenciadas, pero en definitiva trabadas: la penetración política, económica y social de los diversos socios occidentales en la zona (cada uno con su subproyecto además particular), entre los cuales hay que incluir también a Israel, y la cooperación. En realidad, ésta está rigurosamente supeditada a aquélla.

4) No existe un auténtico equilibrio o correlación de fuerzas entre los muy variados participantes, ni en el bando árabe (que es más una entelequia que una realidad) ni en el bando occidental. Las confrontaciones de todo tipo, por consiguiente, también existen, aunque muchas de éstas se den todavía de manera preferentemente subyacente o simplemente apuntada, insinuada. 5) Ese proyecto puede cristalizar finalmente en tres realizaciones concretas, de magnitud y significado internacional muy diferentes: a) una «unidad» euroatlántica-mediterránea; b) una «unidad» euromediterránea total, es decir, que incluya tanto al Magreb como al Maxrek por lo que a los árabes se refiere; y c) una «unidad» euromediterránea occidental. Obviamente, todo esto se puede plantear y llevar a cabo gradualmente, en fases. Y 6) Este proyecto contiene, inevitablemente, graves amenazas y riesgos para culminar el proceso de separación de los distintos trozos del conjunto árabe, muy especialmente si no se habilitan fórmulas realistas y eficaces de creación también de nexos y vínculos de convergencia y ensamblaje, aunque fuesen sólo parciales, como mínimo. □